

Discursos de la conquista: el naufragio de los sentidos

BEATRIZ ARACIL VARÓN

¿Quién podrá contar los nunca oídos trabajos que tan pocos españoles en tanta grandeza de tierra han pasado? ¿Quién pensará o podrá afirmar los inopinados casos que en las guerras y descubrimientos de mil y seiscientas leguas de tierra les han sucedido; las hambres, sed, muertes, temores y cansancio? De todo esto hay tanto que decir, que a todo escritor cansara en lo escribir¹.

Con estas palabras recuerda el cronista Cieza de León lo que podríamos denominar “la otra cara” del Descubrimiento y la Conquista; una realidad que se manifiesta en la producción histórico-literaria de la Crónica de Indias a través de todo un “discurso narrativo del fracaso”, como lo ha definido Beatriz Pastor, que corre paralelo al discurso mitificador sobre América, a la visión maravillada del Nuevo Mundo inaugurada por Cristóbal Colón. Junto a descripciones de tierras paradisíacas llenas de riquezas, de indígenas que viven en una Edad de Oro y de heroicas gestas de conquista, encontramos también otros textos en los que se reivindica “el valor del infortunio y el mérito del sufrimiento”²; textos en los que la naturaleza americana se convierte en una fuerza hostil y destructora que va situándose como centro del relato y que es capaz de transformar la conquista en una lucha por la supervivencia, revelando así el sufrimiento moral y físico de un conquistador que acaba olvidando sus objetivos míticos de grandes riquezas para actuar simplemente movido por la necesidad.

Pastor destaca cómo es precisamente este tipo de discurso desmitificador el que inaugura una forma de descripción que, lejos de asimilar modelos conocidos, logra por fin una “percepción objetiva de la realidad americana”. La investigadora cubana restringe así, en cierto modo, a un corpus determinado esa capacidad de los cronistas, señalada, entre otros, por Antonello Gerbi, para describir la naturaleza del continente americano con “sinceridad, prudencia y escrúpulo de exactitud objetiva”³.

1 Pedro Cieza de León, *Crónica del Perú*, Madrid, Historia 16, 1985, pág. 58.

2 Beatriz Pastor, *Discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana, Casa de las Américas, 1983, pág. 266.

3 Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, México, FCE, 1978, pág. 23. Es precisamente este valor cuasi “científico” de la descripción del medio americano en las crónicas el que ha sido aprovechado en tra-

Sin embargo, basta una primera lectura de estos discursos narrativos del fracaso para descubrir que, paradójicamente, esta capacidad para captar la realidad de América en toda su novedad y su crudeza se muestra en unos textos que manifiestan asimismo una verdadera anegación de los sentidos: el narrador, protagonista-testigo de los hechos que describe, parece sumergirse en un mundo de ensueño en el que las capacidades perceptivas quedan mermadas o incluso desaparecen. En un medio amenazante y desmesurado que lo sobrepasa, el conquistador deambula, como dirá Bernal Díaz, “como atónito”.

A pesar de sus reparos para considerar el texto como una forma plena del discurso narrativo del fracaso, la propia Beatriz Pastor define la quinta carta de relación de Hernán Cortés como el relato que inaugura, cronológicamente, este tipo de discurso⁴. En realidad, bajo la aparente seguridad de un narrador cuyo destinatario, no lo olvidemos, es el monarca, se descubre el sufrimiento y el temor de un hombre que, al final de su viaje, no puede por menos que acudir al monasterio de San Francisco “a dar gracias a Nuestro Señor por me haber sacado de tantos y tan grandes peligros y trabajos”⁵. Por otro lado, Bernal Díaz del Castillo, participante asimismo en la expedición a las Hibueras que se describe en la *Quinta relación*, completa en algunos de los capítulos de su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*⁶ el cuadro desolador de una jornada que llevó incluso al propio Cortés al borde de la muerte⁷. Ambos relatos nos sitúan de forma paradigmática ante ese *nafragio de los sentidos* en el que se vio inmerso el conquistador español al entrar en contacto con una realidad desbordante.

EL MÉRITO DEL INFORTUNIO

El 24 de octubre de 1524 Hernán Cortés salió de México en dirección a las Hibueras y Honduras con el fin de castigar la insubordinación de Cristóbal de Olid. Cortés había enviado a su capitán algunos meses antes a explorar aquella región porque tenía noticia de sus “ricas tierras y buenas minas” y decían que “había por aquel paraje, estrecho, y que pasaban por él de la banda del norte a la del sur”⁸. En lugar de buscar el tan deseado paso

bajos como el de Georg Friederici, *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América*, México, FCE, 1973 (véase “Los escenarios de la colonización”, págs. 11-159), o el de José Muñoz Pérez, “Los historiadores primitivos de Indias y el pensamiento geográfico”, en Francisco Solano y Fermín del Paso (eds.), *América y la España del siglo XVI*, Madrid, CSIC, 1982, I, págs.133-188.

⁴ Véase B. Pastor, *Op. cit.*, págs. 268-278.

⁵ Hernán Cortés, *Cartas de relación*, ed. Ángel Delgado, Madrid, Castalia, 1993, pág. 641. En adelante se citará de forma abreviada.

⁶ Me refiero especialmente a los caps. CLXXIV a CLXXXV de la *Historia*, en los que Bernal narra los acontecimientos que tuvieron lugar en dicha expedición desde la salida de Cortés de ciudad de México hasta la llegada a Trujillo, donde Cortés recibe las noticias de Zuazo sobre lo ocurrido en la capital en su ausencia (véase Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, introd. y notas Luis Sáinz de Medrano, Barcelona, Planeta, 1992, págs. 708-766. En adelante de forma abreviada).

⁷ Cuenta Bernal que cuando él y sus compañeros se encontraron finalmente con Cortés en la ciudad de Trujillo, éste “estaba tan flaco, que hubimos lástima de verle; porque, según supimos, había estado a punto de morir de calenturas y tristeza que en sí tenía (...); y dijeron otras personas que estaba ya tan a punto de morir, que le tenían hechos unos hábitos de san Francisco para le enterrar con ellos” (Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, ed. cit., cap. CXXXIV, pág. 757).

⁸ Véase *Historia verdadera*, ed. cit., cap. CLXV, pág. 643.

entre los dos océanos, Olid había explorado el territorio con fines de dominio y había pactado en Cuba una alianza con el gobernador Velázquez que le iba a permitir la rebelión contra Cortés.

Aquel viaje estaba condenado al fracaso desde un principio, tanto por su objetivo, ya que Olid ya había sido ejecutado cuando Cortés llegó a su destino, como por la ruta elegida: la expedición de Cristóbal de Olid, no muy numerosa, había alcanzado navegando el Golfo de Honduras, pero Cortés logró reunir en Coatzacoalcos unos 450 soldados españoles (entre los que se encontraba Bernal Díaz) y más de 3.000 indios, además de los que servían a los caciques mexicas (incluido el propio Cuauhtémoc), obligados a acompañar al conquistador ante el temor de una nueva rebelión indígena en su ausencia; se hacía, pues, muy complicada la utilización de navíos, y Cortés decidió tomar una ruta terrestre hasta entonces inexplorada, atravesando la península del Yucatán, que resultó ser casi impracticable⁹.

Los españoles se encontraron muy pronto con un medio tremendamente adverso que impedía el avance a cada momento: los numerosos ríos y ciénagas les obligaban a cruzar por lugares en extremo peligrosos o incluso a construir improvisados puentes¹⁰; la altura de las sierras hacía que el paso entre ellas resultara casi imposible. Cortés se enfrentaba a una naturaleza de extraordinaria belleza, pero también absolutamente devastadora:

...habiendo andado dos leguas de tierra llana comenzamos a subir el puerto, que fue la cosa del mundo más maravillosa. Y querer yo decir la aspereza y fragosidad deste puerto y sierras ni quien mejor que yo lo supiese lo podría explicar ni quien lo oyese lo podría entender, sino que sepa Vuestra Majestad que en ocho leguas que turó este puerto estuvimos en las andar doce días, digo los postreros, en llegar al cabo dél, en que murieron sesenta y ocho caballos despeñados y desjarretados, y todos los demás vinieron heridos y tan lastimados que no pensamos aprovecharnos de ninguno¹¹.

El conquistador comienza a sumergirse en un medio casi irreal en el que de nada sirven los sentidos:

...era la montaña de tal calidad que sino donde se ponían los pies en el suelo y hacia arriba la claridad del cielo no se veía otra cosa. Tanta era la espesura y alteza de los árboles que aunque se subían en algunos, no podían descubrir un tiro de piedra¹²;

9 El propio Cortés reconoce en su carta que “en toda aquella tierra no se hallaba camino para ninguna parte ni aun rastro de haber andado por tierra una persona sola, porque todos se sirven por el agua a causa de los grandes ríos y ciénagas que por la tierra hay” (*Cartas de relación*, ed. cit., pág. 539).

10 Es precisamente éste uno de los aspectos que muestran, según Pastor, la transformación sufrida por el héroe en el discurso del fracaso, ya que “Cortés se metamorfosea de guerrero-conquistador en ingeniero que traza caminos y planea los puentes que han de salvar a su ejército del horror de las ciénagas” (Pastor, *Op. cit.*, pág. 276).

11 *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 580.

12 *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 549-550. También Bernal insiste en la altitud de las montañas y la espesura de los bosques que impiden orientarse: “eran los montes muy altos en demasía y espesos, y a mala vez podíamos ver el cielo, pues ya que quisiesen subir en algunos árboles para atalayar la tierra, no veían cosa ninguna, según eran muy cerradas todas las montañas” (*Historia verdadera*, ed. cit., cap. CLXXV, pág. 717).

...llovía a la continua, y no nos podíamos valer de tanta agua, y Cortés y todos nosotros estaban espantados y penosos de no saber ni hallar camino por donde ir¹³.

En ocasiones ni siquiera es posible el uso de la brújula; el español camina como ciego, quedando a merced de sucesivos guías indígenas, quienes llegan a convertirse en verdaderos lazarillos enviados por la Providencia:

Quiso Nuestro Señor que estando ya casi sin esperanza, por estar sin guía y porque de la aguja no nos podíamos aprovechar por estar metidos entre las más ásperas y bravas sierras que jamás se vieron sin hallar camino que para ninguna parte saliese más del que hasta allí habíamos llevado, que se halló por unos montes un muchacho de hasta quince años que, preguntándole, dijo que él nos guiaría¹⁴.

Pero los indios pueden también “andar desatinados” y equivocarse el rumbo¹⁵ o contribuir voluntariamente a la desorientación del conquistador, aportando informaciones falsas sobre el recorrido con el fin de evitar la presencia del intruso¹⁶. A la hostilidad del medio se ha unido la de sus habitantes, y si, en la mayoría de los casos, los indígenas son tomados como guías a la fuerza, éstos aprovechan las ocasiones de debilidad de los expedicionarios para atacar por sorpresa. Se trata ahora de aguzar el oído: los españoles intentan llegar a los poblados “sin ser sentidos”, pero se revelan incapaces de identificar los sonidos que podrían salvarlos de las emboscadas, como ocurre durante la navegación del río Apolochic cuando, según explica Cortés,

...yendo nuestro camino ya tres horas de la noche, oí adelante gran grito de indios, y por no dejar las balsas atrás no me adelanté a ver qué era. Y dende a un poco cesó y no se oyó más. A otro rato tornéla a oír y parecióme más cerca y cesó, y tampoco pude saber qué cosa era (...) Y yendo ansí, tomónos una furia de una vuelta del río que por fuerza sin pedello resistir dio con la barca y balsa en tierra. Y segúnd pareció, allí habían sido dadas las gritas que habíamos oído, porque como los indios sabían el río como criados en él, y nos traían espiados y sabían que forzado la corriente nos había de echar allí, estaban muchos dellos esperándonos a aquel paso¹⁷.

La relación conquistador-conquistado parece haberse invertido: el español vaga por territorio enemigo desorientado, bajo continua amenaza, incapaz en ocasiones de lograr la subsistencia. El hambre, omnipresente en las crónicas que conforman el discurso del fracaso, comienza a situarse en un lugar privilegiado del relato. La Naturaleza ya no res-

13 *Historia verdadera*, ed. cit., cap. CLXXVIII, pág. 735.

14 *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 585.

15 Cf. *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 549.

16 Son habituales los encuentros como el que explica Bernal: “dijeron que en todo lo más de nuestro camino había muchos ríos y esteros, y para llegar a otro pueblo que se dice Tamaztepeque había otros tres ríos y un gran estero, y que habíamos de estar en el camino tres jornadas (...). Y por echarnos de sus casas dijeron que no había más jornada, y había siete jornadas” (*Historia verdadera*, ed. cit., cap. CLXXV, pág. 716).

17 *Cartas de relación*, ed. cit., págs. 602-603.

ponde al tópicos de esa América de la abundancia y sólo parece haber espacio para una terrible lucha por la supervivencia. La situación es, en ocasiones, extrema, y, a pesar de la seguridad y confianza en sí mismo que intenta mostrar a lo largo de su narración, Cortés reconoce finalmente que llegó a pensar que “ninguno podía escapar de cuantos allí estábamos sino morir de hambre”¹⁸. Los españoles llegan a alimentarse sólo de hierbas o de raíces que abrasan “lenguas y bocas”¹⁹ y los caciques indígenas que los acompañan matan a algunos indios “como en su tiempo lo solían hacer en México” ante un desconocido Cortés que, según Bernal, apenas se atreve a advertirles “que si otra tal hacían que los castigaría”²⁰. La necesidad impide incluso cualquier deleite de los sentidos:

...las chirimías y sacabuches y dulzainas que Cortés traía (...), como en Castilla eran acostumbrados a regalos (...), con la hambre habían adolecido y no le daban música, excepto uno, y renegábamos todos los soldados de lo oír, y decíamos que parecían zorros o aves que aullaban, que más valiera tener maíz que comer que música²¹.

Si bien no existe en ella todavía un verdadero cuestionamiento de la acción conquistadora, lo cierto es que la *Quinta Relación* inicia una visión distinta de la misma, convertida ahora en lucha por la supervivencia, pero también del propio conquistador, quien, ajeno ya a los sueños de gloria y riqueza, se siente incapaz de dominar un medio hostil que lo sobrepasa. Tras ella, encontraremos otros “discursos narrativos del fracaso”; textos sobre todo de la primera mitad del siglo XVI, cuando América se ofrecía más que nunca como el lugar de realización de los sueños del Viejo Mundo, como la *Relación de la Jornada de Cibola*, en la que Castañeda desmiente las noticias que habían dado lugar al mito de las siete ciudades²², el relato de Carvajal sobre la exploración de Orellana por el río de las Amazonas, un viaje terrible en el que la muerte por hambre o por alguno de los numerosos ataques de los indios era una amenaza constante²³, o los célebres *Naufragios* de Cabeza de Vaca sobre la expedición de Pánfilo de Narváez a La Florida, obra paradigmática de este tipo de discurso, en la que se narran las desventuras de una expedición mermada por las terribles tormentas, desorientada en tierras desconocidas, atacada por indios que “fuesen grandes o no, nuestro miedo les hacía parecer gigantes”²⁴ y sometida a un

18 *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 591.

19 Cf. *Historia verdadera*, ed. cit., cap. CLXXV, pág. 716.

20 *Historia verdadera*, ed. cit., cap. CLXXV, pág. 718; cf la distinta versión de los hechos que da Cortés en *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 545.

21 *Historia verdadera*, ed. cit., cap. CLXXV, pág. 718.

22 Sobre ésta y el resto de relaciones en torno a la expedición de Vázquez de Coronado es fundamental el estudio preliminar y la recopilación de textos realizada por Carmen de Mora en *Las siete ciudades de Cibola. Textos y testimonios sobre la expedición de Vázquez Coronado*, Sevilla, Alfar, 1992; Beatriz Pastor hace referencia asimismo al relato de Castañeda, junto a otros textos coetáneos del discurso del fracaso, en B. Pastor, *Op. cit.*, págs. 278-293.

23 Aunque la *Relación del Descubrimiento del río de las Amazonas* de fray Gaspar de Carvajal fue incluida por Fernández de Oviedo en su *Historia general de las Indias*, existe una ed. de José Toribio Medina (Sevilla, Imprenta E. Rasco, 1894) que ha sido reproducida parcialmente junto al facsímil del manuscrito en Valencia, EDYM, 1992.

24 Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*, México, Porrúa, 1998, cap. XI, pág. 24.

hambre tan atroz que “cinco cristianos (...) llegaron a tal extremo, que se comieron los unos a los otros, hasta que quedó uno solo”²⁵.

Todos estos autores muestran la visión a un tiempo admirada y temerosa de una realidad americana que se abre por primera vez al hombre europeo a través de sus ojos. En todos ellos, sin embargo, parece descubrirse la misma inquietud que en Cortés a la hora de describir dicha realidad. Una inquietud que, como ha señalado la propia Beatriz Pastor, nace “del carácter esencialmente distinto de esa naturaleza”²⁶. Cortés advierte al rey al comienzo de su relación:

...mi camino y cosas que en él me acaescieron después que partí desta gran cibdad de Tenuxitán (...) las relataré en suma lo mejor que yo pudiere, porque decirlas como pasaron, ni yo las sabría sinificar ni por lo que yo dijese allá se podrían comprender²⁷,

y más tarde se lamenta, como hemos visto:

...querer yo decir la aspereza y fragosidad deste puerto y sierras ni quien mejor que yo lo supiese lo podría explicar ni quien lo oyese lo podría entender.

¿Cómo explicar con palabras la realidad de un Nuevo Mundo? “Sería necesario crear todo un sistema de palabras nuevas para el tamaño de nuestra realidad”, decía en una ocasión García Márquez. Tal vez fue eso lo que se propuso en buena parte de su obra Miguel Ángel Asturias.

LA TRASLACIÓN POÉTICA DEL DISCURSO DEL FRACASO

Cuando en la década de los 60 Asturias retoma el tema de la conquista, presente ya desde sus *Leyendas de Guatemala*, lo hace precisamente desde lo que hoy llamaríamos el “discurso del fracaso”. *Maladrón* (1969²⁸) es una novela que, como ha explicado Giuseppe Bellini, se configura en torno a dos derrotas: la del hombre indígena a manos del conquistador español, en su primera parte, y, en la segunda, la de unos pocos aventureros españoles a los que “el mundo americano parece rechazar como por reacción física”²⁹.

²⁵ Se trata de un conocido fragmento de los *Naufragios* en el que explica su autor: “sucedió tal tiempo de fríos y tempestades, que los indios no podían arrancar las raíces, y de los cañales en que pescaban ya no había provecho ninguno, y como las casas eran tan desabrigadas, comenzóse a morir la gente, y cinco cristianos que estaban en el rancho en la costa llegaron a tal extremo, que se comieron los unos a los otros, hasta que quedó uno solo, que por ser solo no hubo quien lo comiese” (A. Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*, ed. cit., cap. XIV, pág. 27; cf. otro caso de antropofagia entre españoles en el cap. XVII, pág. 35).

²⁶ B. Pastor, *Op. cit.*, pág. 274.

²⁷ *Cartas de relación*, ed. cit., pág. 526.

²⁸ A pesar de la fecha de publicación de la novela y de que ésta consta como escrita en París entre 1967 y 1968, Dorita Nouhaud ha descubierto documentos que permiten adelantar al menos parte de su redacción hasta 1951 o incluso una fecha anterior (véase Dorita Nouhaud, *Etude sur Maladrón de Miguel Ángel Asturias: "Les bois dont on fait les croix"*, París, L'Harmattan, 1993, págs. 7-8).

²⁹ Giuseppe Bellini, “Héroes y aventureros en *Maladrón*”, en *De tiranos héroes y brujos. Estudios sobre la obra de Miguel Ángel Asturias*, Roma, Bulzoni, 1982, págs. 109-140 (pág. 139). Cf. una versión ampliada de este trabajo en *Mundo mágico y mundo real. La narrativa de Miguel Ángel Asturias*, Roma, Bulzoni, 1999, págs. 153-173.

Aun antes de que se inicie la gesta de unos soldados que no buscan conquistar, sino descubrir el paso entre ambos océanos (“las compuertas en que el Eterno ordena a los dos grandes bueyes azules ‘¡Juntad vuestras testuces!’”³⁰), el español se muestra ya sojuzgado por una naturaleza que preside la obra desde el comienzo mismo de la narración, cuando se describe la cordillera de los Andes Verdes, “la gran cordillera flotante como nube sembrada de aéreos pinos, cipreses voladores y cumbres de cuya celsitud no dan cuenta las nieves eternas”³¹, que llega a convertirse en verdadera protagonista de esta “epopeya”.

El propio Giuseppe Bellini ha destacado ya cómo “los acontecimientos mágicos y reales al mismo tiempo, se desarrollan ante la presencia dominante de un paisaje que acentúa y legítima la atmósfera maravillosa de todo el libro”³², un paisaje cuya atmósfera se logra a través del uso de la metáfora y de la magia, un “mundo de golosina” que, sin embargo, puede llegar a convertirse en terrible amenaza para ese hombre que, dice Bellini, “se encuentra solo, en poder de las fuerzas de una naturaleza desconocida”³³.

Los personajes de *Maladrón* encarnan a aquellos primeros conquistadores que sucumben ante esa naturaleza cuya “aspereza y fragosidad” no impedía a Cortés considerarla “la cosa del mundo más maravillosa”; están “condenados a ir a pie hasta el fin de los siglos por aquel paraíso”³⁴. Por ello, la novela recoge de nuevo, pero trasladándolos a un ámbito poético, los mismos elementos que configuraban ese discurso desmitificador de la gesta conquistadora en la Crónica y, de forma más concreta, en la *Quinta Relación* y la *Historia verdadera*, textos especialmente significativos para Asturias que incluso han sido considerados por Dorita Nouhauud como fuentes literarias de esta obra³⁵.

Protagonistas de una nueva crónica del fracaso, los personajes del autor guatemalteco se adentran en un “sucederse de lagunas ríos y ríos lagunas”³⁶, recorren “sierras de navajas”³⁷ o escuchan saltos de agua que producen “tempestades de truenos sin rayos ni relámpagos visibles”³⁸. Amenazados por esta realidad abrumadora, sumergidos en “el humo de un mundo nuevo, sin tiempo, ni espacio”³⁹, los españoles manifiestan ese mismo deambular atónito que mostraban Cortés o Bernal Díaz. Como en sus textos, el trastorno

30 Miguel Ángel Asturias, *Maladrón*, Buenos Aires, Losada, 1969, pág. 82 (en adelante de forma abreviada).

31 *Maladrón*, ed. cit., pág. 9.

32 G. Bellini, *De tiranos*, ed. cit., pág. 128.

33 G. Bellini, *De tiranos*, ed. cit., pág. 126.

34 *Maladrón*, ed. cit., pág. 50.

35 Véase Dorita Nouhauud, *Écrit d'Amérique I. Proses fondatrices*, Paris, Dunod, 1995, pág. 81 y *Etude sur Maladrón...* ed. cit., pág. 26. En este último trabajo, Nouhauud destaca, además, el interés de Asturias por la *Historia* de Bernal como texto novelesco al tiempo que llama la atención sobre su atenta lectura de la *Quinta Relación* que, por otra parte, debía haberse plasmado en una pieza dramática que no llegó a escribir: *El caballo del trueno* (véanse págs. 23-27 y 113-117).

36 *Maladrón*, ed. cit., pág. 65. Se trata, incluso por su localización geográfica, de los mismos ríos y ciénagas descritos por Cortés.

37 *Maladrón*, ed. cit., pág. 111. Bernal hablaba ya de “una sierrezuela de unas piedras que cortaban como navajas” (*Historia verdadera*, ed. cit., pág. 732).

38 *Maladrón*, ed. cit., pág. 152. La metáfora evoca la sensación de temor descrita, entre otros, por Bernal ante unos saltos cuyo ruido “bien se oía a dos leguas, por caer entre grandes peñas” (*Historia verdadera*, ed. cit., pág. 733).

39 *Maladrón*, ed. cit., pág. 62.

de los sentidos de todo un ejército es provocado por una lluvia continua y desorientadora; pero se trata ahora de una lluvia mágica, la lluvia del invierno invocada por Caibilbalán, descrita a través de la reiteración y la metáfora:

Mal cálculo hicieron los teules —ojos zarcos, pelo rubio, pellejo blanco—, se les adelantó el invierno. Los primeros aguaceros paralizan su avance. Los golpea el agua que no ven, cegados por la neblina, los golpea el agua que no oyen, ensordecidos por la altura, los golpea el agua que no sienten de tanto lloverles encima. Combaten contra un ejército de cristal armado del rayo, el relámpago y el trueno, árboles que caen, piedras rodantes, centellas y serpientes de fuego. Una mano huesuda, manga de armadura, saca cruces del aire y se las pega en la cara. Otra mano huesuda, manga de sayal, saca cruces del aire y se las pega en la cara. Guerra de religión, no. Guerra de magias⁴⁰.

La vista se nubla en ese mundo mágico del que parece imposible huir; es por ello que, casi al final de la novela, Ladrada y Antolín se mueven en la niebla del amanecer con la sensación de caminar como ciegos, de no dirigirse realmente a ninguna parte:

...se veía, nada... ..árboles que no eran... ..montañas que no estaban... ..neblinas abriéndose camino de algodón en la tiniebla.. (...) no se veía nada... igual llevar los ojos abiertos que cerrados..., hacia..., hacia dónde huían..., hacia donde no se oyeran los teponaxtles... hacia donde no oyeran su agonía... contra viento y granizo... más allá de la lluvia de lágrimas sólidas, dulces y extrañamente heladas...⁴¹

Deambular sin alcanzar nunca el lugar deseado: éste parece ser el destino de Ángel Rostro y sus compañeros que, como Cortés y los suyos, necesitan de una guía indígena para recorrer el camino. Sólo que, dada la imposibilidad de acudir a los sentidos, en esta ocasión la orientación intenta lograrse de forma mágica:

La Trinis les dibujó en el suelo una cabellera de ríos y riachuelos que alternando con lagos, lagunas y esteros, iba de allí a la otra mar, a la mar con gente⁴²; pero al explicarles la ruta quiso que uno de ellos se dejara picar por la tarántula, por ser necesario llevar guía de araña para no perderse entre tanto pelo de agua⁴³.

Sometidos a la prueba, sudando por la fiebre, Agudo y Zenteno cierran sus ojos y giran sus “cabezas-girasoles” para guiar a sus compañeros, pero ni siquiera la magia es un recurso cuando está en manos del europeo. Asturias muestra entonces el padecimiento y la desesperación de unos hombres que temen a esa realidad agobiante más que a la propia muerte:

⁴⁰ *Maladrón*, ed. cit., pág. 13.

⁴¹ *Maladrón*, ed. cit., pág. 178.

⁴² Recordemos que también Cortés viajaba con un “pañó” elaborado por los caciques de la villa de Espíritu Santo, que, como ha explicado Ángel Delgado, en realidad no era más que un mapa hecho para mercaderes que viajaban en canoas por los ríos (cf. *Cartas de relación*, ed. cit., nota 22, págs. 530-531).

⁴³ *Maladrón*, ed. cit., pág. 63. Sobre el significado metafórico de la picadura de tarántula cf. Nouhaud, *Etude sur Maladrón...*, ed. cit., págs. 105-106.

Se detuvieron. Desembarcar en las ciudades palpitantes, allí profundas, allí escondidas. Estambres de lluvias sueltas. Se detuvieron. Tantas veces se habían detenido. Esta vez con el lodo hasta la cintura. Era el fin de todos. No podían seguir ni volverse. Una sensación blanda, de moledura. Dejarse caer en el agua inmovil que aunque llevaba corriente por bajo, no les arrastraría. Estaban condenados a no salir ni muertos, a quedar flotando medio sumergidos, sobre raíces fofas, barbudas de caracoles⁴⁴.

Pero si el discurso del fracaso alcanza en *Maladrón* la máxima expresión poética, el autor es capaz asimismo de descubrir su lado más grotesco: al menos dos escenas (correspondientes a ambas partes de la novela) nos sitúan ante un español cuya incapacidad para asimilar la realidad americana lo lleva hasta el esperpento⁴⁵. Durante la batalla con los Mam, los hombres de Moxic avanzan agitando miles de estandartes que resuenan a un tiempo “en cataratas ensordecedoras”. Los conquistadores entonces (como en tantas ocasiones en los textos del discurso del fracaso) se sienten incapaces de mantener el asedio; pero, además, anulados los sentidos, parecen convertirse en un grupo de groseros histriones cuando

...se apropian, a riesgo de enloquecer por el ruido, de cuanto panal encuentran, para obstruirse las orejas con cera de abeja, lo que les hace moverse sordos, sin entenderse, aun cuando adivinan con los ojos lo que hablan, hasta llegar a las manos, cuando, en la desesperación de no oír y no quererse quitar la cera, se insultan con señas obscenas, las manos en las partes injuriosas, ademanes y visajes aprendidos de la pernetta de los indios⁴⁶.

El enfrentamiento con el hombre americano ha provocado una situación al tiempo terrible y degradante que tiene su correlato, ya en la segunda parte, en la agonía de Antolinales, ahora consecuencia de la hostilidad de la naturaleza de ese continente desconocido. La muerte por “cámaras” del personaje (muy común, por otra parte, entre los conquistadores de la época⁴⁷) es descrita por Asturias con una especial recreación en lo escatológico que, sin perder el tono poético, convierte el sufrimiento en una caricatura:

El palmito es alimento de tempestad, que es lo que ahora tiene en la barriga, tempestad de intestinos, con zigzages de rayo en las centellas del cólico, relámpagos de sangre quemada en la boca y truenos entre las nalgas... cámaras..., tiros sin munición... bombardas y lombardas...⁴⁸

44 *Maladrón*, ed. cit., pág. 66.

45 Rasgo, por otra parte, presente a lo largo de toda la narración, que demuestra una vez más la deuda del autor a la forma creativa de Valle-Inclán.

46 *Maladrón*, ed. cit., pág. 48.

47 Cuenta el propio Bernal sobre la expedición a las Hibuerras que, cuando llegaron a la villa de San Gil de Buena Vista, sus habitantes españoles estaban en extrema necesidad, por lo que “Sandoval (...) envió a Cortés sobre treinta hanegas de maíz con indios mexicanos, lo cual repartió a los vecinos que en aquella villa quedaban; como estaban hambrientos y no eran acostumbrados sino a comer zapotes asados y cazabe, y como se hartaron de tortillas, con el maíz que le enviamos, se les hincharon las barrigas, e como estaban dolientes, se murieron siete dellos; y estando desta manera con tanta hambre, quiso Dios que aportó allí un navío que venía cargado de las islas de Cuba con siete caballos y cuarenta puercos y ocho pipas de tasajos y pan cazabe (...), y Cortés repartió dello a los vecinos; y como estaban de antes en tanta necesidad y debilitados, y se hartaron de la carne salada, dio a muchos dellos cámaras, de que murieron catorce” (*Historia verdadera*, ed. cit., cap. CLXXX, págs. 742-743).

48 *Maladrón*, ed. cit., pág. 192.

Lo grotesco es en realidad uno de los elementos que conforman la evidente crítica a la conquista que marca todo el libro. La conquista es una “inmensa tragedia”, incluso para los españoles⁴⁹. Y, sin embargo, es también el motor de muchos sueños como el de Ángel Rostro, quien, como lo hizo Cortés, persigue el paso entre los dos océanos, pero no con la finalidad pragmática del gran conquistador, sino con los ojos fascinados del que busca una fábula:

¡Tóqueme a mí descubrir el lagrimal por donde los dos mares fluyen, se penetran, se juntan, mezclan sus sales, funden sus colores, reúnen sus peces, aúnan sus corrientes, la del Norte babosa de sargazos, la del Sur amorosa de especias!⁵⁰

Cuando sus compañeros creen encontrarlo, ese paso se convierte además en el símbolo del mestizaje: el lugar donde se reúnen “los sonidos revueltos de dos lenguas oceánicas, la castellana y la nativa”⁵¹, donde bautizarán al hijo de ambas razas.

A pesar de ciertas connotaciones negativas señaladas ya por Nouhau⁵², es este mestizaje, el hecho definidor del mundo americano que Uslar Pietri defenderá en su ensayo *En busca del nuevo mundo* (publicado ese mismo año), el que salva el episodio histórico de la conquista, pero también la conciencia de que América ha triunfado finalmente. Como explica Bellini, en *Maladrón* “el mundo indígena penetra el mundo hispánico, se toma su revancha, lo somete sin repudiarlo”⁵³. El discurso del fracaso no es más que el reconocimiento de esa transformación esencial del español en contacto con la realidad americana, de su condición de náufrago en ese nuevo mundo de nuevas sensaciones, la transformación de hombres que

...al final de sus vidas y su desesperada búsqueda de locos, ya eran otros, no los mismos que llegaron de España, otros unos seres que formaban parte de la geografía misteriosa de un país construido de los mares al cielo, por manos de cataclismos y terremotos, igual que una de esas pirámides blancas, altísimas, que en su andar contemplaron pérdidas en las selvas⁵⁴.

49 *Maladrón*, ed. cit., pág. 204.

50 *Maladrón*, ed. cit., pág. 31.

51 *Maladrón*, ed. cit., pág. 184.

52 Véase Nouhau, *Etude sur Maladrón...*, ed. cit., págs. 110-111 y 134 (cf. el valor literario de este mestizaje en págs. 90-95).

53 G. Bellini, *De tiranos*, ed. cit., págs. 139-140.

54 *Maladrón*, ed. cit., pág. 193.